

EL VALOR DE LA BIODIVERSIDAD EN EL CORREDOR AMBIENTAL LA CAMPANA-LAGO PEÑUELAS

La visión de Juan Carlos Garcés, PhD., arquitecto y académico de la Universidad Viña del Mar



La crisis medioambiental está en evidencia. La contaminación ha traído una serie de problemas en lo que a conservación de espacios naturales se trata, por lo que es cada vez más difícil proteger los ecosistemas. Asimismo, la expansión de los límites urbanos también resulta ser una amenaza para los entornos silvestres.

Nuestra región es rica en estos lugares, siendo uno de los más importantes el corredor ambiental comprendido entre el Parque Nacional La Campana y la Reserva Lago Peñuelas, abarcando desde La Dormida, tocando un poco Ocoa, Hijuelas, hasta Olmué.

Pero, ¿qué es un corredor ambiental? Son zonas que por su singularidad ecológica y biológica, disponen un carácter de gran valor en biodiversidad. Son áreas no necesariamente delimitadas con línea recta, sino que es una superposición, que puede ser zigzagueante, pero que tiende a la longitudinal, que -en este caso- atraviesa varias comunas en una cuenca, sin embargo, no es un túnel.

Así lo define el PhD., arquitecto y académico

de la Universidad Viña del Mar, Juan Carlos Garcés, quien aporta más datos de estas zonas. “Las características de la fauna y la flora son similares, por lo tanto, se logra que esta biodiversidad se mantenga en esas áreas, porque son de las mismas características. También, el clima es muy parecido, por lo tanto, la componente ambiental permite que ese corredor se mantenga”.

En ese sentido, el profesor Garcés explica que el corredor ambiental La Campana- Lago Peñuelas, “es considerado como uno de los 34 lugares más ricos en biodiversidad y a la vez más amenazados del mundo, reconocido a nivel mundial como Hotspot de Biodiversidad, posee grandes particularidades ecológicas que permiten un verdadero desarrollo de flujos naturales que conviven para levantar su valor medioambiental”.

Además, el clima mediterráneo juega el rol como conector de transición entre dos realidades climáticas extremas del norte y sur del país, entre lo seco árido y lo lluvioso, y también permite que por su carácter regular en torno a los cambios climáticos se inserte en esta región las formaciones vegetacionales esclerófilas -que soportan largas temporadas con poca agua- y las otras, que son caducas -que pierden sus hojas una vez al año- responden a la condicionante de poca agua.

Uno de los principales argumentos frente a la expansión de los límites de las ciudades y de la contaminación es la posibilidad que se ofrece de acceder a áreas verdes, dando origen a los llamados corredores ambientales urbanos, que -como su nombre lo sugiere-, son espacios con árboles, flores, arbustos, incluso fauna, pero creados por el ser humano. Como explica el profesor Juan Carlos Garcés, estas zonas no tienen un arraigo en el ecosistema, ya que son artificiales. “Un corredor ambiental urbano puede ser un parque que atraviesa la ciudad, como Central Park de EE.UU., que es construido por el hombre”. No obstante, los corredores ambientales o ecológicos son producto de la topografía natural, es decir, se dan como consecuencia de la propia geografía del lugar.

“PROTEGER ESTAS ZONAS NO SIGNIFICA NO ACTIVARLAS”

Mucho se dice acerca de cómo se puede proteger este tipo de zonas tan altamente amenazadas, no obstante, se pasa por alto la oportunidad de potenciar el cuidado de estos sectores a través de una actividad como el turismo, para crear conciencia sobre la importancia de preservar los corredores ambientales. “Hay discursos bien controversiales respecto a esto, de alguna forma, protegerla no significa no activarla, ya que toda la intervención humana debe ser resguardada, pero sí fomentando el turismo, aprovechando que es una zona de características turísticas”, dice el profesor Garcés.